

## EDITORIAL



### **Responsabilidad para combatir el hambre**

por Olivier De Schutter, Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el Derecho a la Alimentación

Las estadísticas más recientes acerca del hambre y la malnutrición mundiales son alarmantes. Más de mil millones de personas pasan hambre. Al menos dos veces ese número carece de los micronutrientes esenciales que son necesarios para llevar una vida saludable y activa. Las deficiencias de hierro, vitamina A y zinc todavía figuran en la lista de las diez causas principales que conducen a la muerte a través de enfermedades en los países en desarrollo. Uno de cada tres niños nacido en los países en desarrollo sufre retraso en el crecimiento.

Lo que hace de esta calamidad un escándalo es que no se trata de algo inevitable. Por supuesto que el cambio climático representa una amenaza fundamental que ya está afectando a la seguridad alimentaria en muchas zonas debido a las cada vez más impredecibles precipitaciones y a la multiplicación de sequías e inundaciones, como las que han padecido recientemente India, Centroamérica o África oriental. Pero el reto de producir suficiente comida como para alimentar al planeta ya se ha alcanzado: la cosecha de cereales de este año, por ejemplo, sólo estuvo ligeramente por debajo de los niveles récord de 2008, cuando se produjeron 2.287 millones de toneladas. Esta cantidad es suficientemente amplia como para alimentar a todo el mundo, aunque deberíamos reconsiderar en el futuro algunos modos insostenibles de consumo que amenazan nuestra base de recursos naturales.

Pero el hambre no es sólo un problema técnico, sino profundamente político: es el resultado de políticas que han incrementado las desigualdades tanto dentro de los países como entre ellos. Al no haber sido apoyada con servicios e inversiones adecuados, y debido también a reglas comerciales injustas, la agricultura se ha convertido en algo imposible para los agricultores más pobres que viven en zonas marginales, lo que ha derivado en huidas masivas del medio rural y en un crecimiento exponencial de los suburbios en las grandes ciudades. El poder adquisitivo de grandes grupos de la población es ahora insuficiente para comprar los alimentos que hay en los mercados. Tienen hambre porque son pobres, y son pobres porque carecen del poder político para provocar un cambio real. Ellos no cuentan. La responsabilidad es, por tanto, un factor clave para resolver el problema del hambre y la malnutrición. Debe ser vista como un triángulo: los gobiernos deberían hacerse responsables de las necesidades de sus poblaciones, y debería fortalecerse la responsabilidad mutua entre los gobiernos donantes y sus socios; la responsabilidad debería aumentar a nivel interno, para garantizar que los esfuerzos de los gobiernos estén bien dirigidos y que las políticas que excluyen a quienes han caído en la pobreza sean corregidas; y también debería mejorar a nivel internacional, para asegurar que progresamos hacia un sistema económico internacional y un régimen de ayuda exterior que posibilite y apoye los esfuerzos nacionales.

Las propuestas que formulé en el contexto del debate del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CFS, siglas en inglés) buscan el realce de la responsabilidad. Propuse que cada estado debería establecer a nivel interno una estrategia para la implementación de las directrices generales adoptadas periódicamente por el CFS, fijando puntos de referencia claros con indicadores asociados para medir los progresos y definiendo plazos dentro de los cuales alcanzar esos puntos. Éstos no deberían estar necesariamente relacionados con todo el conjunto de las directrices adoptadas por el CFS, ya que no todas estas directrices serán pertinentes para la situación de todos los estados; lo que sí deberían ser realistas, esto es, alcanzables dentro de los plazos especificados, y suficientemente ambiciosos, y, puesto que serán el resultado de un proceso participativo a nivel interno, incrementarán la responsabilidad de los gobiernos. A su vez, las estrategias deberían facilitar un diálogo a nivel internacional, dentro del CFS, acerca de lo que funciona y de lo que no. Dicho debate también debería permitir una identificación de los obstáculos que afronta cada estado en la realización del derecho a la alimentación: también debería, por tanto, guiar los esfuerzos de la comunidad internacional para ayudar a los estados a conseguir los objetivos fijados para sí por ellos mismos.

¿Para qué? Los enfoques actuales han fracasado en gran parte debido a la ausencia de responsabilidad y seguimiento de los solemnes compromisos formulados cumbre tras cumbre. Ahora tenemos una oportunidad histórica para fijar el sistema de gobernanza global, con el fin de asegurar que esta tendencia se revierta. Si fallamos en este momento, seremos juzgados duramente por todos aquéllos que nos sucedan: la generación que heredará el mundo al que hoy estamos dando forma simplemente no lo entenderá. Esto será para nosotros un motivo de pena y vergüenza. Para los muy pobres significará, además, más vidas desaprovechadas y muertes evitables de niños que no pidieron nada más que vivir.

*Olivier De Schutter es el relator especial de la ONU sobre el derecho a la alimentación desde el 1 de mayo de 2008.*